



PADRE JORGE PECH  
SALESIANO

IN MEMORIAM



Las Obras que la Congregación Salesiana ha podido levantar en estos últimos años en el Oriente de Bolivia han ofrendado en estos días su primera víctima a Dios N. S. en la persona del querido.

## **PADRE JORGE PECH**

Muerto santamente el 7 de Febrero p . pdo. a la edad de 69 años.

El P. Pech era para todos nosotros un símbolo y un punto de apoyo por lo que él ha realizado y por el espíritu interior que animaba una actividad tan intensa y tan salesiana y que se traslucía de su semblante, de sus palabras y de toda su persona.

Había venido a Santa Cruz como a terminar una larga carrera, a poner el sello final a toda una vida de sacrificio. Era el Salesiano de más edad en la Inspectoría pues había nacido en 1900 en aquella parte de la Silesia alemana que hoy se halla incorporada a Polonia.

De niño y joven ayudó a su familia trabajando como carpintero, oficio en el cual era muy experto y que practicó hasta el final de su vida o trabajando personalmente o dirigiendo trabajos. Se pensaba que en los próximos meses hubiese podido vigilar aún el taller, mientras que el Hermano que lo dirige viaja a Europa para visitar a su familia.

A la edad de 25 años emprendió un largo viaje a pie desde la Silesia hasta Italia, con su mochila al hombro, buscando los medios de vida mediante su trabajo.

Fue en esta oportunidad que gozó de la hospitalidad del que más tarde iba a ser el futuro Card. Lercaro, de cuya bondad guardó gratisima memoria.

Su peregrinación tenía por objeto honrar a Santa Teresita en el año de su canonización y la Santa, en efecto, le obtuvo la gracia de la vocación. Formando ya parte de la organización Kolping que tanto bien ha hecho a los jóvenes obreros alemanes, se encontró en su medio al entrar en la Congregación Salesiana y dedicarse a los niños obreros.

Quedó incorporado a aquel grupo de jóvenes ya maduros que en los años de fervor misionero en tiempo de Don Rinaldi vinieron de Europa Central a poblar estas Inspectorías arribando al Perú por el año 1928.

Por la confianza de los Superiores fue puesto como asistente de los novicios, que todavía después lo recordaban con gran cariño.

En aquellos años los clérigos del Perú realizaban sus estudios de teología en Lima, alternando el dogma y la moral con la asistencia, enseñando a los muchachos del Colegio y atendiendo al Oratorio Festivo.

Eran tiempos de trabajo duro y de gran pobreza, pero fueron al mismo tiempo años en que el Oratorio de Breña (Lima) vio sus días mejores.

Efectivamente, ordenado sacerdote, inmediatamente fue puesto a dirigir aquel Oratorio que se hallaba siempre plétórico de muchachos que de todos los barrios de Lima acudían allá para sus diversiones y para su catecismo.

Cada año eran de 250 a 300 los niños premiados con ropa, calzado, etc., premios que se recogían de las damas bienhechoras del Oratorio, y que fue el inicio de aquella actividad de continuo pedir que caracterizó la vida del P. Pech.

El momento más hermoso fue cuando en 1941 al conmemorarse los 100 años del primer catecismo de Don Bosco y de la obra oratoriana, pudo estrenar la capilla propia con sus bancos y todo lo necesario. Aquello concedió gran independencia al Oratorio y aseguró mejor su vida.

Por aquellos años el Gral. Enrique Peñaranda Castillo, Presidente de Bolivia, había recogido el ofrecimiento de un terreno que en los Sud-Yungas le hiciera la familia Alcázar y puso a disposición de los Salesianos los medios para que se levantara una Escuela de Agricultura en aquellos parajes: quería, en cierta manera, perpetuar la educación que él había recibido como alumno del Colegio Don Bosco.

El Rvdo. P. Inspector de aquel entonces, P. José Coggiola, en el deseo de dar un impulso a la Obra Salesiana en Bolivia, aceptó la propuesta y destinó a ella al Rvdo. P. Marabini de santa memoria, al P. Manuel Campos, oriundo precisamente de Chulumani, al Hno. Coadjutor Natalio Ferrero. El brazo fuerte de la expedición era el P. Pech, que había sido nombrado Prefecto de la nueva Escuela.

Los catorce años que el P. Pech pasó en Chulumani como Prefecto antes, y luego, como Director fueron los más bellos de su vida. Los primeros se caracterizaron por el esfuerzo de levantar el Colegio, que llegó a ser una hermosa y apropiada construcción en las laderas de los cerros yungueños. Tenían allí todas las comodidades : agua y luz propia.

Con la caída del Gral. Peñaranda y el sucederse de los gobiernos posteriores fue mermando cada vez más la ayuda que el Gobierno se había comprometido proporcionar para atender la alimentación y educación de los alumnos.



Se convirtió en una de las cruces más pesadas del P. Pech: ir de un Ministerio a otro, insistir continuamente, acuciado por las necesidades impelentes y las deudas que forzosamente se debían contraer para afrontar la situación.

La Escuela adquirió gran prestigio, como podía notarse de los informes elogiosos que daban los comisionados que el Gobierno enviaba para inspeccionar y tomar los exámenes a los muchachos.

Mérito de los Salesianos en aquella Escuela fue la fuerte educación cristiana que supieron impartir y que mantuvo la fe religiosa en gran parte de la región, acompañada de una fervorosa devoción a María Auxiliadora: su fiesta era una verdadera romería que llenaba todas las dependencias de la Escuela.

Llevando a cabo un día, un trabajo en el campo mientras él mismo manejaba un tractor, éste se volcó arrollando consigo al Padre, quien por milagro salvó la vida; las amplias cicatrices de su rostro le recordaban siempre aquel doloroso accidente.

Frente a las dificultades que iban en continuo aumento, los Superiores decidieron devolver la Escuela al Gobierno y trasladar la Obra a un terreno propio en el valle de Cochabamba. Y así, a comienzos de 1956, llevaron todo lo que era de los Salesianos a lo que es hoy el Internado de Fátima.

Allí el P. Pech volvió a iniciar con ánimo de joven. La finca se hallaba en un estado de total abandono. Eran los años de la Reforma Agraria y los campesinos se encontraban soliviantados. Empezaron a reparar la antigua caserona de hacienda que hoy es ocupada por nuestros novicios, a limpiar y roturar el terreno y prepararla para la futura escuela. Quien ha conocido el estado de aquellos primitivos caminos, particularmente en tiempos de aguas, y todas las dificultades de la época, puede medir el heroísmo del P. Pech en acometer aquella nueva empresa.

Al fin del año, los Superiores le concedieron un merecido descanso de algunos meses en Alemania y a su regreso fue nombrado Director de la Granja—Escuela de Yucay (Cuzco—Perú).

Allí estuvo tres años dando un nuevo impulso a la Escuela que en aquel entonces albergaba más de un centenar de internos, y que se encontraba en buena situación. Quedaron mejorados los locales y los muchachos estaban muy bien atendidos.

Pero el P. Pech ya no era joven, y pidió al P. Inspector que lo exonerara de la responsabilidad.

En aquellos días se estaba ventilando la aceptación de Muyurina, y los Superiores enviaron algunos Salesianos que hicieran actos de presencia en Santa Cruz,

En Febrero de 1960 llegó el P. Pech a Muyurina. Al ver que las tratativas se prolongaban y no pudiendo quedarse en la Granja, se retiró al convento Franciscano de la ciudad, donde se quedó todo el año.

Aprovechó la oportunidad para rescatar el terreno que la Congregación tenía en la ciudad, que por las coyunturas de la época, había quedado totalmente repartido entre familias de la localidad. Cuántas humillaciones, trámites y sacrificios significó reconquistar aquel terreno, pero él, con su calma y confianza en Dios, salió airoso, de modo que en la visita que el Rdm. P. Ziggiotti hiciera en 1960 a nuestras Obras de Bolivia, se pudo colocar la primera piedra de la futura Iglesia. El entusiasmo con que el Superior fue acogido por la Sociedad Cruceña demuestra la obra no común que en poco tiempo había realizado el Padre.

A fines de 1960, firmado el contrato con el Supremo Gobierno, los Salesianos entraron en Muyurina y el P. Pech fue de los primeros en tomar posesión de la Obra. Inicios difíciles de estrecheces económicas y tantas otras dificultades que él nos ayudó a vencer. No fue abandonada la Obra de Santa Cruz. Todos los Domingos con un hermano iba desde Muyurina, atravesaba a pie la ciudad por aquellos arenales que eran entonces las calles de Santa Cruz y se trasladaba al canchón a pasar catecismo. Los niños se agolpaban a su alrededor y allí pasaban un día de oratorio a pleno sol. No había instalación de agua, y lo único que les abrigaba era un cobertizo de hojas de palmeras que, finalmente, desapareció en un día de viento.

No se podía seguir en esta forma, y así se le instó a que levantara un galpón que todavía existe y que por varios años fue el albergue de los Salesianos de Santa Cruz. Empezó a pensar seriamente en la construcción del nuevo Colegio y con la ayuda del Club de Leones, la Archicofradía de María Auxiliadora, etc., y mediante mil sacrificios, se fueron levantando los talleres, las aulas, y todo lo que es hoy el Colegio de la ciudad. Habiendo podido ponerse en contacto con Misereor de Alemania más tras largos trámites, consiguió para el Colegio la maquinaria para los talleres que en breves días comenzarán a funcionar. Fueron años de vida sacrificada de pionero de Dios, viviendo en el calor tropical sin la menor comodidad.

En estos últimos años se quedó definitivamente en Muyurina. El Trabajo al cual se dedicó con más asiduidad fue la atención de las diversas comunidades de las cuales poco a poco fuimos encargándonos. Se preocupó hasta el postrer momento de ir mejorando su parte material, y podemos decir, que murió en este afán. Para ellas cuidó la erección de la Iglesia del Naranjal Don Bosco: amplia, sólida y de hermoso aspecto. Luego las escuelas. En los últimos días confiaba que ya le resultaba pesado atender a cinco escuelas, como son las que funcionan para dichas comunidades.

No se desalentaba: buscaba ayudas, ítems del Gobierno, cooperación de la Acción Cívica de los Militares, etc. Pero sobre todo es de notar la acción espiritual para ellos. A pesar de la fatiga, iba todos los días a visitarlos y a acompañar al Hermano en las horas de la noche para reunirlos y catequizarlos. Ha sido una verdadera labor misionera que no puede describirse en el breve espacio de una carta mortuoria.

Para nosotros era el confesor de la Casa: asiduo y puntual en su puesto: nos alentaba, nos sostenía. Lo podemos definir un verdadero lazo de unión entre los Hermanos que lo veneraban inmensamente por su virtud.

En el P. Pech hemos de poner de relieve su fe en la Divina Providencia que le hacía acometer tantas obras, su constancia en medio de las dificultades, su inquebrantable amor a la Congregación y a Don Bosco que tanto dió a conocer e hizo amar.

La devoción a María Auxiliadora la sentía y la inculcaba siempre: las capillas e iglesias que él levantó fueron todas dedicadas a María Auxiliadora.

La muerte lo cogió en la brecha. El viernes 7 de Febrero, luego de un intenso día de trabajo en las comunidades, fue a descansar y allí lo sorprendió serenamente el Señor. Por la mañana lo esperaban las Hijas de María Auxiliadora para la Misa y al no presentarse, lo buscamos encontrándole ya frío cadáver.

Al entierro tomaron parte los dos señores Obispos de Santa Cruz, numerosísimos representantes del Clero y de las Comunidades religiosas, las Socias de la Archicofradía de María Auxiliadora, y los fieles de las Comunidades, junto con tantos amigos de Montero y Santa Cruz que sintieron hondamente la desaparición del que había sido un verdadero padre para ellos.

Conseguimos de las autoridades el permiso de enterrarlo en la misma Muyurina, de modo que lo tendremos todavía a nuestro lado para que con su recuerdo e intercesión nos siga alentando como lo hiciera en vida con su ejemplo.

Suplicamos para él, el sufragio de vuestras oraciones fraternales y para nuestra Inspectoría el que podamos tener otras manos que tomen la antorcha que nos dejara el P. Pech con su mismo espíritu, para la mayor gloria de Dios.

**Afectuoso recuerdo de las dos Comunidades Salesianas de Muyurina y de Santa Cruz.**



